

Tiritando bajo el polvo

Marcos Ordóñez

El público echa de nuevo a andar. ¿“Pieza irrepresentable”, “poema para ser silbado”, como lo definió el propio Lorca? ¿Auto sacramental en clave surrealista o, según Rafael Martínez Nadal, “drama radicalmente nuevo, de ideas y pasiones abstractas”? Y en palabras de Ricardo Gullón, la proclamación del derecho a decir lo indecible, sin máscaras”. Lo indecible sobre el amor, sobre el sexo, siempre atravesado por una aguja, sobre el teatro: el teatro bajo la arena, el teatro de las verdades ocultas, [...]. Inquietante prelude: hay un túnel con fotos como exvotos, y vigilantes de las encrucijadas, con el rostro borrado, casi asfixiado por una tela negra, como Federico interpretando a la muerte en *La Barraca*. Dentro, Max Glaenzel ha levantado su escenografía onírica, mitad cabaret galáctico, mitad otro lado de la luna, con tiras plateadas formando una cortina en semicírculo, y una colina de tierra calcinada, todo bañado por la luz azul de Carlos Marquerie. En una gramola invisible tiembla una copla de preguerra. En un lateral, como desde una balsa, entre icebergs, tocan Nao Albet, David Boceta, Nacho Vera y David Luque, y canta, turbio y aterciopelado, Pep Tosar, [...] aquí interpreta a Enrique, un papelazo, pero algo pasa porque me parece insólitamente desganado, cansino, con pausas muy largas; al Director le suceden muchas cosas, pero no todas me llegan, como si hablara desde muy lejos, hasta el tercio final, en el careo con el Prestidigitador, donde su trastorno se me hace cercano y verdadero. [...]

El público es una pieza de constantes mutaciones. Enrique y Gonzalo, el Director y el Hombre 1, de repente son sus dobles adolescentes, Cascabeles (Jorge Varandela) y Pámpanos (Jaime Lorente): no me convence esa escena, una de las más hermosas del texto, con la belleza y la violencia de la *Oda a Walt Whitman*. [...] Tampoco brilla (estamos en la zona pantanosa) la Elena de María Herranz, que tiene un pasaje breve e intenso y a mi juicio no lo apura, no le echa convicción. Está muy bien David Luque, el hosco Centurión y luego el enfermero, [...]

Y aquí llega Irene Escolar, impresionante de principio a fin. La gama y los matices de su Julieta son una lección de teatro, voz y gesto de auténtica tragedia, aterrada, sonámbula, suplicante, apasionada, amazona (“¡Nadie a través de mí! ¡Yo a través de vosotros!”) y víctima, y luego la Estudiante 3 en una escena difícilísima, óptimamente montada y servida (ahí relumbran todos, con fuerza y claridad: Albet, Varandela, Lorente, Barranco, Roca, Weickert, Herranz, Laia Duran, que, por cierto, menudas danzas se marca), y como madre de Gonzalo, quebrada por el dolor, casi escapada de los seis personajes pirandellianos [...]

¿Qué le falta a *El público* de Rigola? A mis ojos, algo más de temblor, algo más de miedo, más imágenes que nos hagan volar. Pero su trabajo es un empeño alto, ambicioso y arriesgado, que desconcertará a los amantes de mensajes de cartilla y arrebatará a quien se deje llevar por la poesía nocturna y turbulenta de Lorca.



El público (Teatro de La Abadía, 2015). Foto: Daniel Alonso (Archivo CDT).